LA SEO, TORTOSA Y LA DIOCESIS RECUPERAN UN TESORO

UNA SERIE DE DIEZ TUMBAS DE OBISPOS DE TORTOSA DE LA EDAD MEDIA (S. XII-XIV) HAN SIDO RECUPERADAS EN NUESTRA SEO Y VAN A SER REPUESTAS HONORIFICAMENTE EN ELLA DURANTE LAS PROXIMAS FIESTAS

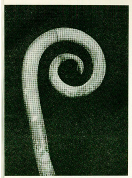
Entre ellas, la de Gaufredo, primer Obispo después de la Reconquista; la de Mulnells, el Obispo de la Santa Cinta, y la de Arnau de Jardí, hijo de esta tierra y árbitro ilustre del «Llibre de les Costums».

Las tumbas contienen, ordinariamente, los huesos de los Obispos, y a veces restos de tejidos y objetos con que fueron enterrados,

entre ellos, el báculo de madera de Gaufredo y el báculo de marfil de Arnau de Jardí.

Con su reposición honorífica durante las próximas Fiestas, cobran éstas rango extraordinario, cumplimos un deber con nuestra historia y nuestros Prelados,
se cierra incomparablemente el VIII Centenario de la obra y muerte de Gaufredo
y se inicia la revalorización del interior del mejor ábside gótico catalán: el de la Seo de Tortosa.

Por *AURELIO QUEROL LOR, Pbro.*



(Foto Daufí)

Báculo del Obispo Gaufredo († 1165)

S. XII. Madera. Reproducción a tamaño natural.
(Véase el texto del artículo).

Con este báculo fue enterrado Gaufredo de Aviñón,
nuestro primer Obispo después de los árabes. Con éste,
seguramente, nos rigió desde la mora mezquita purificada.
Recuperarlo a los 800 años de su muerte
y poderlo tocar nosotros hoy, parece un sueño.
Y es de un simbolismo y de una emoción extraordinarios
para la ciudad y para la diócesis.
Espiritualmente, ellas son, desde ahora, más ricas.

El día 30 de marzo se cumplió un año de la que podemos llamar recuperación de la serie de diez tumbas de Obispos tortosinos de la Edad Media (años 1151-1379), que habían estado durante cinco siglos en la antigua Aula Capitular Canonical de la Seo (a partir de 1351, capilla de Santa Cándida), luego un siglo en el claustro de la Seo (1829 1952, aproximadamente) y, a partir de entonces, seis de ellas enterradas en la Seo sin inscripción y prácticamente extraviadas. Por lo que luego diremos y como ya se puede suponer, constituyen un tesoro religioso-histórico-artístico inapreciable, al que tendremos que referirnos más detenidamente en otras ocasiones, pero del que se han pedido para esta publicación municipal y con ocasión de la próxima reposición de estas tumbas en la Seo, unas notas, que damos gustosamente pero con algún temor, porque es materia que, al menos en su fase actual, pide más silencio y estudio que divulgación.

Las tumbas

Estas tumbas no fueron el primer enterramiento del cadáver, sino, según costumbre de aquellas épocas tratándose de personajes no maximos, unas arquetas o cajas pequeñas de piedra (las recuperadas van desde 84 a 103 centímetros de longitud), a las cuales, pasado un tiempo en que se había verificado la corrupción, eran trasladados los huesos y algunas prendas, recuerdos o insignias, con que el difunto había sido enterrado. Son corrientes en antiguos templos, claustros y capítulos. Se adosaban al muro (sobre columnitas, o en hornacina excavada, o, más frecuentemente, en alto sobre ménsulas). Hubo una gama muy variada en materia, forma, dimensiones, arte y riqueza. En el claustro de la Seo estaba, hasta hace poco más de un año, la del Obispo Torrrelles, y aún queda otra, grande y preciosa, mas por desgracia casi enteramente empotrada y en el suelo, de un difunto de principios del XIII.

Los diez Obispos

La diócesis de Tortosa llegó a contar desde su restauración (mediados del siglo XII) hasta fines del XIV, 17 Obispos: 4 fueron trasladados y 1 murió en Roma. Muertos, pues, y enterrados en Tortosa, 12. De 2 ignoramos la sepultura. Quedan 10. ¡Y ese es el número y esos los nombres de los Obispos de quienes han sido recuperadas y van a ser repuestas las tumbas (con los huesos en casi todas)!

Esos diez Obispos son:
Gaufredo (a. 1151-65).
Pons de Mulnells (1165-93).
Gombaldo de Santa Oliva (1194-1212).
Pons de Torrella (1212-54).
Arnau de Jardí (1272-1306).
Pere de Betet (1306-10).
Francisco Paholac (1310-16).
Berenguer de Prats (1316-40).
Bernat Oliver (1346-48).
Guillem de Torrelles (1369-79).

Conclusión: Estos diez Obispos son prácticamente todos los Obispos de Tortosa que vivieron y murieron siéndolo, durante aquellos más de dos siglos primeros. Y entre ellos, todos los más antiguos (los 4 primeros tras los moros), todos los de más largo pontificado y todos los más insignes. Realmente, un conjunto espléndido de historia. Y, desde luego, «el más abundante conjunto de urnas episcopales antiguas de toda Cataluña» (Ainaud de Lasarte).

Emplazamiento durante casi 500 años

El emplazamiento de estas tumbas durante casi quinientos años (desde el siglo XIV al XIX) estuvo en la que hasta mediados del siglo XIV había sido Aula Capitular de la comunidad catedralicia (exactamente donde está ahora la capilla del Sagrario), de la que aún pueden verse, porque las descubrió Regiones Devastadas después de la guerra 1936-39, la puerta y un ventanal y la insinuación de otro, que están por allí dando al claustro, aunque mutilados gravísimamente. Cuando hacia 1351 vino desde Colonia, de Alemania, la reliquia de Santa Cándida, quedó aquella aula gótica convertida en capilla de la Santa; pero las tumbas siguieron allí. Testigos de ellas en este emplazamiento lo fueron varios escritores locales y visitantes de siglos pasados. Destacadamente, el ilustre erudito eclesiástico Padre Joaquín Lorenzo Villanueva, que las visitó, recorriendo España, exactamente en 1804, veinticinco años antes de que dejasen de estar allí.

Estaban colocadas «entrando, a mano izquierda» (Villanueva). Quiere decir en el muro lateral izquierdo (no en el muro de fachada o entrada, ya que la izquierda y derecha de éste lo ocupaban grandes ventanales). Es decir, estaban exactamente en la línea que va desde la entrada actual a la capilla del Sagrario por el claustro en dirección al confesonario situado frente a ella. Y estaban en alto (Martorell las llamó siempre «tumbas altas»), «como a una seis varas del suelo» (Villanueva).

«La adornan a maravilla»

Por cierto que Villanueva comentó: «... la adornan a maravilla [la Capilla de Santa Cándida]». No sabemos a ciencia cierta en qué disposición estarían, si en uno o varios planos, etc. Pero, a espontáneo juicio de aquel ilustre forastero, la adornaban a maravilla.

«Todos estos edificios son respetables»

También escribió Villanueva, en aquella ocasión y a propósito de aquella aula-capilla y de otras dependencias góticas de la Seo, esta grave y sensata advertencia, que ojalá hubiese sido siempre atendida, y que hoy es norma: «Todos estos edificios son respetables por su ancianidad y dignos de ser conservados con esmero».

La hecatombe de 1829-52

Pero, desgraciadamente, fue inútil aquella advertencia. Poco después, a raíz de la construcción de la actual capilla del Sagrario, empezada en 1829, se produjo una hecatombe histórico-artística. A fin de habilitarle espacio a esa capilla de yeso y estuco y sin valor (salvando la noble intención de honrar a la Santísima Eucaristía), se destruyó en frío una sacristía gótica (quedan una pequeña parte de muro, parte de los nervios de la bóveda y una pequeña puerta cegada que la comunicaba con la escalera del gran dormitorio). Asimismo se mutiló gravemente, robándole un arco y las proporciones del conjunto, la Sala que desde el siglo XIV venía siendo la del Capítulo catedralicio, de los Sínodos diocesanos, de las Cortes Reales en la ciudad y del Parlamento de Cataluña durante el Compromiso de Caspe. También casi se destruyó, al robarle varios arcos y más de la mitad de su espacio, una grandiosa sala gótica en planta alta, que era dormitorio canonical, exactamente de la misma anchura y longitud que la nave central de la Seo desde los púlpitos hasta la fachada, y que fue sede probablemente de la Controversia internacionalmente más famosa entre cristianos y judíos, que fue convocada y presidida por el Papa Luna. Y, en fin y sobre todo, se destruyó el Aula-Capilla de Santa Cándida de que veníamos hablando, obra gótica más bien temprana tratándose de Cataluña (fines del XIII, principios del XIV; en ella fue ya enterrada el Obispo Jardí en 1308), que debió ser bella, a juzgar por las muestras que han quedado de su puerta y ventanales («muy prolixamente labrados», los juzgó Villanueva), por el aprecio en que se la había venido teniendo, por las dos columnas de jaspe de la Cinta que la centraban y seguramente irradiaban la bóveda, por una prolongación o capilla que tenía en la cabecera (parecidamente al aula capitular de San Francisco, de Morella, pero mayor). ¡Negro momento aquél en la historia arquitectónica de nuestro complejo catedralicio! ¡Extraño siglo XIX, que empezó odiando el gótico (¡e idolatrando el greco-romano, cuando ya vivía Goya!) y que, en cambio, terminó añorándolo románticamente, canonizándolo como el más sublime estilo religioso y hasta haciendo gótico de cemento cuando ya vivía Picasso! Mestre y Noé, que además participó de ese «goticismo» final, llevaba toda la razón al condenar aquella destrucción como «una profanación artística» (y «mucho nos conduele —añadía— tener que hablar así, pero no tenemos palabras más suaves para explicar el sentimiento general que produce hoy»). Los culpables no fueron el Prelado y el Cabildo, sino todos y nadie. ¡La época, los gustos colectivos de la época! «Fuenteovejuna, señor». No hay peor dictadura artística que la del gusto colectivo, la más dulce y poderosa de todas, y de la que se despierta amargamente, pero tarde e inútilmente. Valía la pena contar aquí esto, para posible lección.

Las arquetas, mutiladas

¿Cómo iban a quedar libres de aquella alergia a la piedra cruda y a lo medieval los diez sepulcros de los obispos? Se les expulsó, sin necesidad, de su mansión de 500 años; se les trasladó a los huecos góticos de la gran puerta y de los ventanales de la capilla destruída, que habían de ser rellenados; los empotraron en ellos y de paso se ahorraron varios metros cúbicos que rellenar; como no ajustaban, les cortaron las aletas a las tapas por los lados, y también los remates a los que les hizo falta; además, para que la argamasa cogiese bien, los picaron por arriba; una vez empotrados, alisaron el muro y lo pintaron de color de piedra, quedando sólo visibles las inscripciones, como si los diez cofres fuesen diez lápidas no más. Y a todo ello, digamos que aún hubo suerte. Porque un testimonio de la época dice que las arquetas «se salvaron» («gracias al celo de un celoso capitular»). ¡Y es que estuvieron a punto de ser enterradas, con huesos y cosas dentro, bajo el suelo de la capilla del Sagrario!

Todo esto ha creado, al recuperarlas ahora y devolverlas a un templo, el problema de su restauración en grado necesario mas no excesivo. Se ha intentado resolverlo con conciencia de esta norma de equilibrio.

Historia de la recuperación actual

El proceso de recuperación de las arquetas no ha tenido la unidad, ni la dificultad, ni el «suspense» que en principio podría imaginarse. Resultaba extraño e inquietante ver en los libros de historia local (Martorell, s. XVII; Villanueva, año 1804; Sancho, O'Callaghan, etc., s. XIX y XX) una línea ininterrumpida de testimonios sobre la presencia pública en la Seo de diez arquetas episcopales de la Edad Media. Más aún: Verlas fotografiadas en el archivo Borrell, local, y en el archivo Mas, de Barcelona, lo cual evidenciaba que habían llegado hasta nuestros mismos días (por indicios, hasta la guerra del 36, al menos), y, en cambio, no verlas ya en la Seo ni oír hablar de ellas ni de su desaparición. Hablando en rigor, sólo una, la del Obispo Guillem de Torrelles, quedaba en público y bien colocada; tres más estaban en el muro de la capilla del Sagrario, por la parte recayente al claustro, pero empotradas totalmente en él, con apariencia de meras lápidas, igual que las cincuenta restantes del claustro, y más inadvertidas que ellas, porque a dos ni les quedaba incripción y a la otra sólo en versos algo borrosos; y, en fin, la mayor parte, las otras seis, desaparecidas.

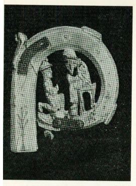
Era muy lógico suponer que podían haber desaparecido cuando por los años 40 42 el benemérito organismo Regiones Devastadas restauró precisamente aquella parte del claustro, afectada por la guerra, y de paso sacó a luz, laudablemente, la puerta y un ventanal de la antigua Sala Capitular gótica, o capilla de Santa Cándida, antes totalmente cegados e insospechados. Como en esos huecos descubiertos ahora de la puerta y de los ventanales habían estado las arquetas, a juzgar por las fotos, por las huellas y por las tres que aún quedaban, era forzoso suponer que Regiones Devastadas las había manejado, y que las habría retirado mas no destruído, y que tal vez habían sido depositadas en alguno de los sótanos funerarios de la Seo, tal vez con intención piadosa de enterrarlos en el mismo o en alguno inmediato a aquel o aquellos en que están enterrados los últimos Prelados fallecidos.

Debían buscarse, porque lo merecía el valor religioso, arqueológico y sentimental de tales arquetas, y más dada la posibilidad de que contuviesen aún recuerdos de los obispos enterrados en ellas. La ocasión de cumplir tal deber se presentó el año pasado al cumplirse el día 28 de Mayo, VIII Centenario de la piadosa muerte de Gaufredo de Aviñón, primer obispo de Tortosa después de la Reconquista, y también primero de los diez de las tumbas. Si la ciudad hace dieciséis años había celebrado el VIII Centenario de su reconquista cristiana, no debía dejar de celebrarse paralelamente, en algún modo, la memoria de aquel primer obispo tras la Reconquista. Ahora bien, la manera más indicada para celebrar su obra y su muerte que recurrían, era recuperar su tumba y sus huesos, y las de sus sucesores, y luego reponerlas honoríficamente. Este plan se puso en marcha, por voluntad y generosidad del Rdmo. Prelado, con el Exmo. Cabildo Catedral. Se partió de la hipótesis antes explicada. Ni siquiera fue necesario consultar a los arquitectos de Regiones Devastadas que habían intervenido en la restauración de la Seo. El Ilmo. Sr. D. Claudio Pérez de Heredia, Vicario General de la Diócesis en equella época y un obrero que intervino insinuaron una pista, bastante coincidente con la hipótesis, que de hecho bastó. El día 30 de Marzo de 1965, dos meses antes de cumplirse el VIII Centenario de Gaufredo, a las cuatro de la tarde, aparecieron las seis arquetas que se buscaban. Estaban en un sótano de enterramiento, bastante capaz, sin más que ellas (aunque con un lecho de polvo espeso y oscuro, residuo de madera y alguna otra corrupción), situado bajo el suelo del pasillo, o girola, mayor del ábside, más o menos ante el altar de la Piedad, o del Sepulcro del Señor. Parece que el cronista de la ciudad D. Enrique Bayerri había tomado nota de haberse depositado allí las arquetas; pero en su obra publicada creemos que no figura y en la inédita resulta difícil buscarla.

El Rdmo. Prelado, allí presente, autorizó la extracción por los obreros de las arquetas y de cuanto contuviesen. Aquella misma noche quedaron las seis en una dependencia catedralicia. Poco después se arrancaron las tres empotradas en el muro del claustro de la parte del Sagrario. Precisamente una de ellas, sin rastro de inscripción ya, era la de Gaufredo. La décima y última, la de Torrelles, también. Aquella misma noche quedaron todas concentradas en una dependencia de la Seo y bajo llave.

El peligro salvado

En resumen: estas arquetas las estábamos cada día viendo en el claustro y pisando en el ábside; no hacía mucho tiempo que habían desaparecido; no era y no fue difícil recuperarlas. Pero si ahora no nos hubiésemos preocupado de ello, habría sobrevenido



(Foto Daufí)

Báculo del Obispo Jardí († 1306)

Siglo XIII. Marfil. Reproducción a tamaño natural.
(Véase el texto del artículo).

Con este báculo fue enterrado el Obispo Arnau de Jardí,
nuestro sexto Obispo después de los moros.
Seguramente le perteneció y lo usó para regir nuestra iglesia.
También parece un sueño recuperar y poseer hoy un báculo
de tan famoso y benemérito hijo y Padre de Tortosa,
«l'honrat Pare Arnau» del «Llibre de les Costums»,
pero ahí está, gracias a Dios,
para nuestro enriquecimiento religioso, histórico y artístico.

el verdadero peligro: el de que, pasadas estas generaciones, se esfumasen totalmente su recuerdo y su pista al no constar el hecho de su traslado al sótano, ni en el sitio, ni en las crónicas, ni en la memoria.

El conjunto recuperado que nos ocupa se divide por sí mismo en tres partes: arquetas, restos, cosas.

Arquetas

Sería impropio hablar mucho de ellas aquí, pues incidiríamos en lo técnico y en lo discutible.

EPOCA — Seis son del XIV y cuatro pudieran ser del XIII; para acabar de fijar habrá que tener en cuenta las notas de defunciones y traslaciones contenidas en los necrologios del archivo capital (cód. 85, 90 y 189).

RICO MUESTRARIO — Aun contando como una sola las cuatro primeras, pues no representan más que un tipo ya que son idénticas en todo, constituyen las siete un interesante variado muestrario de arquetas funerarias medievales. Las hay de mármol de Italia (Betet), de jaspe «de la Cinta» (Paholac), de arenisca (varias), de arenisca con incrustación de alabastro (Jardí). De diversos tamaños. De diversas formas. De dos piezas y de una. De tapa de dos vertientes y de cuatro, de cresta aguda y de achaflanada. Lisas y molduradas. Con escudos. Con figuras. Casi todas denunciando rica policromía original. De letra conventual o románica (termina en Betet, 1310), de gótica mayúscula (termina en Oliver, 1348), de minúscula (Torrelles, 1380). De redacción en verso (Jardí incluido, 1306) y en prosa (desde Betet, 1310).

INSCRIPCIONES — Menos una, todas tuvieron inscripción, y por los autores antiguos sabemos que la sin ella es de Paholac (1314). Menos dos y casi tres (Gaufredo, Mulnells y casi Jardí), todas la conservan íntegra o considerablemente, y por la tradición (Miró, Masip, Martorell, etc.) conservamos casi enteras las hoy ilegibles.

ESTADO DE CONSERVACION — Lo lamentable en las arquetas es el mal estado de conservación de bastantes de ellas (bien entendido que sólo una, la de Oliver, deja de estar esencialmente íntegra, al no haber aparecido su tapa; y sólo una ha aparecido horadada, pero reparada). Ya lamentó Villanueva lo enferma que ha resultado la piedra de varias, precisamente de los cuatro primeros obispos, acabando con las inscripciones de dos, y afectando profundamente a la tapa de uno (Torrella) y a la caja de otro (Gaufredo). Las cabezas de ángeles y obispos (Prats, Oliver, Torrelles) y alguna figura entera (Prats), faltan, puede que desde el siglo pasado o éste. Ahora bien: lo decisivo en la historia de su mala conservación fue la brutal poda de aletas y crestas salientes y el picado de superficies a que fueron sometidas el pasado siglo, según dijimos, a fin de poderlas empotrar en el muro del claustro.

MINIMA RECUPERACION — Habiendo de ir a parar ellas no a un museo arqueológico, sino a un lugar sagrado, por encerrar aún los huesos de los Prelados, este deficiente estado de conservación ha planteado el problema del grado de restauración a que debían ser sometidas, resolviéndose con una transacción que a diversos peritos ha parecido indicada en el caso: Se han reparado con piedra las mutilaciones de aletas y crestas (de las cinco primeras tumbas) que alteraban demasiado sensiblemente, demasiado deplorablemente, la forma o silueta esencial de la tumba a los ojos de los fieles. Lo demás se ha dejado como lo ha dejado la historia, menos algún desperfecto mayor (y nunca figuras, ni escudos, ni molduras difíciles; ni tampoco línea ni detalle alguno discutibles) que la colocación de las arquetas sobre el terreno, con sus esquinas y su luz concretas, ha aconsejado que fuese disimulado, por su mal efecto visual y, consiguientemente, «devocional».

EMPLAZAMIENTO ACTUAL — En cuanto a su emplazamiento y disposición en la Seo, al reponerlas en ella, se han procurado dos cosas: provocar la revalorización del ábside, lo mejor de aquélla, lo más necesitado de reforma y lo más medieval o contemporáneo de las tumbas, y disponerlas tanto estética como cronológicamente. Empezando por la derecha mirando al ábside, la línea de las diez tumbas coincide exactamente con la del orden histórico de los obispos, o sea: desde Gaufredo, el más antiguo, hasta Torrelles, el más moderno. Además, los de la capilla primera, o de la derecha, son los del XII y XIII, y los de la izquierda, los del XIV.

Los restos

EL INVENTARIO — Sin duda lo más atrayente en el momento de la recuperación de las tumbas fue la esperanza de lo que pudiera aparecer al quitar las tapas e inventariar los contenidos. De ello se encargaron dos capitulares de la Seo debidamente comisionados, los cuales, en repetidas sesiones y con fidelidad, inventariaron, siempre en trabajo dual, cuanto contenían los sepulcros.

LOS HUESOS DE LOS OBISPOS — Lo más precioso de todo lo aparecido bajo ellas fueron los restos de aquellos obispos, la tangible realidad material de ellos, que casi eran solo nombre y aureola, llegando a nuestros ojos a los muchos siglos de su vida y muerte. Los huesos de Gaufredo, los de Mulnells, los de Torrella, los de Jardí, etc., con la cantidad de historia benemérita que ellos evocan... Hay que lamentar que de uno de los diez, el insigne obispo Prats, no ha aparecido nada en su sepulcro, ni huesos ni cosa alguna, y de otro, su cercano sucesor, Oliver, ambos de mediados del XIV, sólo dos huesos. Parece que a estos excepciones basta suponerles la explicación de que tratándose de dos de los únicos cuatro sepulcros abiertos por detrás, o sea, no en forma de caja sino haciéndoles de cierre el muro al que se adosaron, tal vez ocurrió que, al arrancarlos de él para un traslado o un expolio, cayó al suelo el contenido y ya no fue devuelto. Es difícil dar la explicación cierta. Ahora bien, si se tienen en cuenta tantos casos frustrados de arquetas por todas partes del mundo cristiano medieval, lo difícil no resulta que los contenidos de dos no se hayan conservado, sino que los de ocho, sí.

Sobre estos restos hallados, y cuidadosamente separados por tumbas, se sometió al veterano forense de la ciudad, D. Bruno Soler Bastero, el siguiente cuestionario: *a*) si había en los restos hallados en cada tumba unidad y unicidad de cadáver, de forma que no sobrasen huesos, aunque bien pudiesen faltar por desgaste, ya que en cada tumba apareció abundante polvo heterogéneo, que en casos y en parte podía ser orgánico; *b*) si eran de hombre; *c*) posibles conclusiones sobre talla, complexión, edad, etc., del correspondiente difunto. La respuesta que ha dado el detenido examen forense ha sido plenamente positiva a las dos primeras demandas e interesante en cuanto a la tercera. Se comprende la importancia parcialmente decisiva de este examen por sí mismo y por su repercusión en el enjuiciamiento de la autenticidad de origen de las demás cosas halladas en esos mismos sepulcros; pues de haber resultado falseados los restos se habría vuelto también sospechoso lo demás hallado con ellos.

En un frío informe técnico debiera aquí decirse más y también menos. Permítase no callar la emoción del hallazgo, por ejemplo, del cráneo y huesos casi enteros del primer Obispo, Gaufredo, en este VIII Centenario de su muerte, que ha sido la raíz de la investigación llevada a cabo con su tumba y las de sus sucesores. El desconcertante hallazgo, no de sus 24, sino de sus 25 vértebras, una lumbar más que las normales, indudablemente suyas todas, fenómeno relativamente frecuente y que en Gaufredo se dio. El de los cráneos enteros o casi enteros, las dentaduras bastante conservadas, la materia cerebral petrificada de casi los ocho obispos indicados. Los 32 dientes, sin faltar uno, de un obispo del siglo XII, Santa Oliva (30 en su sitio y 2 hallados en el fondo de la tumba al vaciarla). El esqueleto impresionablemente entero del gran obispo tortosino Jardí, hasta con las rótulas, hasta con todas las vértebras, hasta con los más pequeños huesecitos de manos y pies. Casi con los huesos «sucios aún de carne», como decía el médico. El esqueleto entero de Torrelles, con la vértebra superior todavía brillante como marfil en el punto exacto de la cabeza viva... Etc.

Además de los restos

Pero como si todo ello fuese poco, además de las arquetas y de los restos se ha tenido la suerte de recuperar algunas cosas o fragmentos de ellas con que fueron enterrados aquellos obispos. Aunque sean pocas, nos aproximan enormemente a ellos y nos enriquecen. No teníamos nada de ellos para un museo, para un recuerdo y una exhibición sentimental. Y ahí están ahora de pronto: la voluta del báculo de madera de Gaufredo, el báculo de marfil (aunque muy fragmentado) de Betet, el rodete dorado con la inscripción «Virga pastoralis» del báculo de Mulnells, los restos (mínimos, pero suficientes para saber cómo eran) de los báculos de Santa Oliva y Torrella (¿es fácil que haya alguna diócesis hoy que sepa, por restos conservados, cómo eran y a qué familia artística pertenecían los báculos con que fueron enterrados seis de sus obispos del XII, del XIII y del XIV?). El anillo o «contrasello» de Betet, y restos de sus sandalias. Restos de las de Santa Oliva. La pequeña cruz de madera policromada, aunque maltrecha y de colores casi perdidos, de Mulnells, que estuvo clavada en su caja mortuoria. Y sobre todo ello, tres cosas:

a) El pequeño conjunto de Gaufredo: restos de su báculo, restos de su mitra, restos de su «peine litúrgico» de madera (todo ello del XII).

b) El pequeño tesoro del gran tortosino Jardí (s. XIII). A saber: báculo (hallado propiamente hacia los años 1940-42), anillo, guantes, cáliz, vinajeras.

c) La colección de fragmentos de tejidos, ciertamente sin ninguna pieza (fuera de los guantes, algo estropeados, de Jardí), pero valiosísima para estudio por ser muy abundante y variada, muy antigua (del XII al XIV) y sobre todo muy datada, ya que la cronología bien sabida de los obispos en cuyos sepulcros han sido hallados, constituye un reloj de esos tejidos. Que requerirán (para lo cual ya se han ofrecido los Museos de Barcelona) una regeneración y un estudio minucioso de especialistas. Los hay (casi enteramente de oro de 24 quilates) de probable procedencia persa, los hay árabes y los hay con los típicos temas medievales de las águilas y los castillos.

* * *

Agradezcamos a Dios, diócesis y ciudad, la riqueza religioso histórico-artística con que nos ha regalado en el VIII Centenario de la muerte del obispo Gaufredo y en las próximas Fiestas de la Cinta. Con ello, y con la recuperación iniciada del interior del maravilloso ábside gótico de la Seo, donde las tumbas se van a reponer, y con la de la medieval y tal vez visigótica sala del Palau que la exposición-evocación de los diez obispos de esas tumbas va a reestrenar, avancemos los tortosinos hacia una nueva Tortosa elevada histórico-artísticamente, que todos, como el poeta, debemos llevar «en nuestras entrañas dibujada».